

para los que prefieran la carretera con buen pavimento o para los que no disfrutan con ese placer incomparable de agotar lentamente las horas. Pero yo prefiero este otro camino con peor suelo. Sí, la carretera ha sido recientemente reparada, es cierto, pero más abierto a las sorpresas paisajistas, este camino que va por la carretera de Canencia, en la que juega un importante papel el árbol, el tomillo y la pradera, y que pasando por Lozoya, villa que da nombre al valle, y por Pinilla y Alameda —tierras de extensas pinadas y de álamos corpulentos— y Oteruelo, pequeño otero, deja a la derecha las cumbres, con los puertos de Navafría, Reventón y Maabosto, mientras por el lado izquierdo discurre el agua clara y cantarina del río Lozoya. La carretera de Canencia es como un mirador a las delicias de la llanura verde y húmeda, a la que miramos sin poderla alcanzar, y que más tarde, cuando descendemos de la montaña con los ojos saturados de tanta belleza, se pone en nuestras manos a la vuelta de un recodo, junto al risco o la cascada, detrás del árbol o en la pradera, como hallazgo increíble de una fabulosa e inesperada riqueza. Pero aún hay más, porque el término de Canencia está considerado como el paraíso de los cazadores madrileños y las riberas del Lozoya son siempre una promesa, una tentación, para los pescadores. En las orillas de este río, esencialmente truchero —¿quién no ha hecho alguna vez el elogio de la exquisita trucha—, el pescador, ese caballero de caña y anzuelo que se viste con extraño atuendo, encontrará tras el junco y la mimbrera, cerca de los fresnos y las sargas, en la umbría de recios árboles, ocasión para instalar su puesto, en espera, paciente y sosegada, de ese momento de gran emoción que se anuncia con el temblequeo del flotador.

LA INDIA EN MADRID

Hasta Rascafría, el camino se hace todavía más pintoresco. Tierra de abundantes pastizales, es corriente encontrar, a semejanza de lo que acontece en la India, bueyes, vayas y terneros tumbados en medio de la carretera, libres de todo cuidado, con su rumiar lento y apacible. Ni siquiera se inmutan cuando el automóvil hace sonar su llamada, hasta el extremo de que el viajero ha de esperar a que el animal se ponga en movimiento a su placer. En Rascafría, a modo de juglar famoso, nos recostaremos en

la olma milenaria, ese árbol de grandes dimensiones en cuyo contorno gira toda la vida del pueblo, desde la celebración del agua bautismal al festejo de nupcias.

EL PAULAR Y EL SILENCIO

Y después, a muy pocos kilómetros, el Monasterio de El Paular. Una frondosa y secular arboleda nos da entrada al primer Monasterio de cartujos que hubo en España. Nos separan de Madrid 96 kilómetros por la carretera de Lozoya y 74 por la de Miraflores y La Morcuera. Y un silencio estremecedor.

Hora es ya de hacer parada. Junto al Monasterio está la hospedería que regentan los monjes. Entremos y gocemos del buen yantar y del dulce reposar. Mas conste que igual también podremos hacerlo —buen comer y limpios dormitorios— en Rascafría, en Casa Canencia, o en la fonda Pastor, de Lozoya del Valle, pues ambos establecimientos son recomendables por su economía y buen servicio.

RETABLO ALABASTRINO Y CUSTODIA DE MARMOL

Desde luego conviene madrugar, que la hora matutina es la más propicia para recrearse en los matices, suaves, delicados, de este paraje maravilloso, elegido por el Rey don Juan I para erigir esa joya arquitectónica a la que se ha llamado El Escorial barroco de España. Cuando entramos en el recinto monacal conviene saber, pues ello ha de contribuir eficazmente a la mejor comprensión del espíritu que anima a esta fundación, que otro Rey, Enrique II, ordenó construirla para descargo de sus culpas; que la primitiva iglesia fué levantada con planos de un moro segoviano, Abderramán, que la edificó siguiendo normas y estilos árabes; que manos de ángeles cincelaron y policromaron el impar retablo alabastrino, y que los monjes de San Bruno ganaron para la Cartuja crédito y reputación por las virtudes que les adornaban y el gran valimiento que tenían sus rezos: «Ea, tened buen ánimo, que es la hora en que rezan maitines mis cartujos de El Paular». Así, con estas palabras, el César Carlos V calmaba el ánimo del gran Andrés Doria cuando la Armada española sufría el embate de la tempestad en aguas de Argel.

Pero nuestra apreciación sería insuficiente si no recordáramos también que El Paular ha sufrido grandes cambios y transformacio-

nes —¿dónde está el Palacio Real?— que ha pasado por tiempos de esplendor y decadencia, de ruina y recuperación. A una de las épocas de mayor munificencia pertenece la fábrica actual del Monasterio, renovado al gusto barroco de la época, cuando en 1755 un violento terremoto destruyó la antigua edificación. Detrás del altar mayor, una capilla ochavada y, en ella, el tabernáculo, fabricado con mármoles de Cabra y otras especies de diversos colores, cuya contemplación nos hace pensar en la más monumental y maravillosa custodia que el hombre pudiera forjar. Pasaron los años, y llegó con la desamortización, el abandono y la negligencia, y luego la revolución, y ahora, por fortuna, la recuperación, en esta época que nosotros vivimos, bajo la comunidad benedictina, con la generosidad del Estado español y la entusiástica aportación de la Asociación de Amigos de El Paular.

A mediodía oiremos la santa misa en la capilla de los Reyes, y tiempo habrá, una vez cumplido el precepto dominical, de recrearse con las bellezas de los alrededores. Y tras la grata sobremesa, la excursión a los batanes cercanos o a los rincones serenos, íntimos, del río Angostura.

LA ARCADIA MADRILEÑA

De vuelta hacia Madrid entramos en el corazón de la Sierra. Pasamos Los Cotos y nos paramos en el puerto de Navacerrada (1.860 metros de altura). La nieve va desapareciendo de sus laderas y el atavío deportivo de los alpinistas se ha hecho más grácil, más ligero. Nuestros ojos preguntan extasiados ante la Naturaleza pródiga: ¿Pero es posible? Y nuestra respuesta no sabe ser original. Todo está escrito. Menéndez Pidal ha dicho que la Sierra de Guadarrama es a la literatura española lo que la Arcadía a la griega. Sólo sabemos contemplarla y gozarnos con las alegres partidas domingueras y con las estampas de los chalets montañosos, como el Albergue de Educación y Descanso, que se eleva en el puerto de Navacerrada, para esparcimiento de los productores madrileños.

Descendemos. Villalba, Torrelodones, Las Rozas, El Plantío. Y de repente, la ciudad, con su zona residencial más bonita. Sin saber por qué, pensamos que Madrid no ha encontrado todavía su director cinematográfico, un Williams Wyler, o algo así.

**Ciento cincuenta y dos kilómetros llenos de historia y bellos paisajes
 Donde la ciudad desaparece = Alcorcón y "the typical spanish" = Un pueblo
 en olor de epopeya = Navalcarnero, villa nostálgica = Frescor de alborada
 Tejiendo sus sueños.**

**Descanso reparador = Zona turística = Brunete
 o la voluntad de vencer = Villaviciosa
 de Odón y su castillo = Luces de la ciudad.**

Antes de empezar, permítanme una pregunta : ¿ Creían ustedes que realmente era así la provincia de Madrid? No sé por qué se me antoja que la sorpresa dejó perplejos a mis queridos lectores y que más de uno se habrá dicho para sí : ¿ No tiene fama nuestra capital de estar en medio de una zona esteparia? Cierto ; pero del dicho al hecho hay un trecho. Un trecho que pretendemos cubrir con nuestros relatos sin dejarnos llevar de la hipérbole, entre otras cosas porque el aumentar o el exagerar sólo está permitido cuando se describen paisajes consagrados, de belleza indiscutida, tales como los de Galicia, Santander y Andalucía, pongo por ejemplo, o tan cargados de literatura como ocurre, aun dentro de nuestra provincia, con la Sierra de Guadarrama, Aranjuez o El Escorial. Pero la verdad es que la geografía madrileña tiene sus oasis, regiones bien extensas, que en cuanto se pisan nos hacen cambiar de opinión, de manera de pensar. Hoy, precisamente por esto, para que descarten cualquier duda y puedan confirmar la certeza de mis palabras, les invito a realizar un bello recorrido.

Lo iniciamos por Alcorcón, lugar famoso por sus barros y pucheros, y a continuación Móstoles, el de gesto audaz y glorioso, y luego Navalcarnero, de nostalgia real, y más tarde Cadalso de los Vidrios, el palacio olvidado, para terminar en San Martín de Valdeiglesias, Brunete y Villaviciosa de Odón, dos castillos de ayer y una fortaleza del presente, porque Brunete, a pesar de sus muros nuevos, es baluarte y símbolo del valor de nuestros hombres. En total 152 kilómetros, en una ruta sinuosa entre sotos, acequias, montañas y ríos, dominada por las almenas de don Alvaro de Luna y por el recuerdo de

Isabel I, la de la Unidad Ibérica, que allí, en Guisando, en el valle de las Siete Iglesias, fué proclamada heredera legítima de los Reinos de Castilla y León.

**DONDE LA CIUDAD
 DESAPARECE**

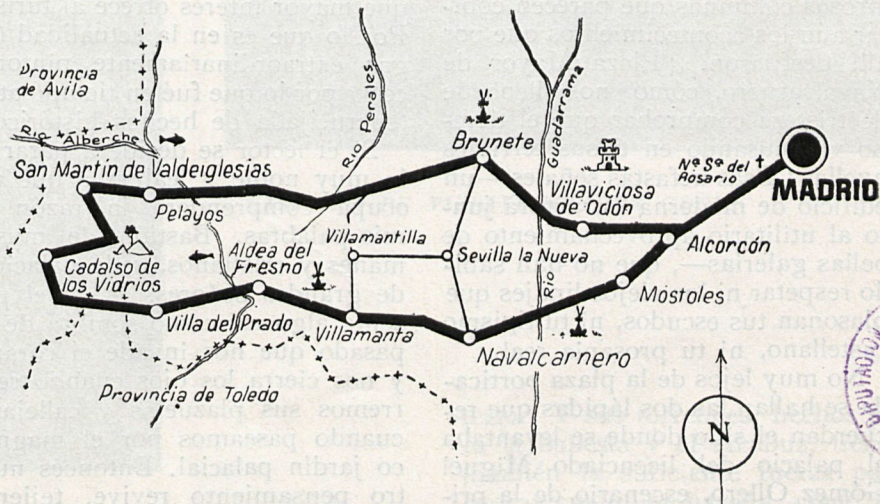
Nuestro libro de ruta está abierto. La primera página tiene una bonita lámina en color. Reproduce una capillita entre iglesia y ermita ; ermita, por su tamaño y sencillez y aun por su mismo nombre : Nuestra Señora del Rosario, denominación mariana que cubre con su manto protector tantas y tantas ermitas españolas, e iglesia por el paisaje urbano que la rodea. Unos azulejos artísticos, obra del malogrado pintor Lara, anuncian al caminante —en esta demarcación peatón— que la Casa del Señor tiene siempre abiertas sus puertas. A sus pies, una calle que ya es casi carretera (kilómetro 4 de Madrid a Badajoz). A un lado y a otro la columna humana de los grandes bloques de viviendas y en lontananza, el campo. La ciudad desaparece y se divisa el umbral que da acceso adonde el trigo se hace manojos y el hombre, con las alas de los motores de aviación, pájaro.

ALCORCON Y «THE TYPICAL SPANISH»

Alcorcón es una estampa en la que se subrayan los matices apagados, mitad ocre, mitad pardos, del toscos barro ; una página mortecina de un tipismo que está agonizando. Su industria alfarera es, más que realidad contemporánea, reliquia del pasado en estos tiempos de neveras y frigoríficos ; pero ahí está con sus botijos panzudos, barnizados, figurando extraños motivos —desde el totera ibérico al más fiero animal—, en los que el agua se refresca mezclada con el sabroso y aromático anís. Aquí, más que parada a modo de las grandes estaciones, diez minutos al menos, el viajero debe detenerse a la manera de los apeaderos, es decir, deteniéndose tan sólo el tiempo preciso para adquirir una de estas muestras del «typical spanish», que resultan tan bonitas y tan útiles al lado del moderno «frigorífice» o como pieza de adorno de confortable habitación.

UN PUEBLO EN OLOR DE EPOPEYA

Ruta hacia Navalcarnero, de indudable sabor castellano ; tierras de labrantío que hacen germinar nues-



tros hombres con su sudor. Pero en Móstoles estas tierras de pan llevar adquieren otras tonalidades, porque resulta indudable que los hombres, con sus acciones, con sus hechos, son los que van forjando la fisonomía del paisaje. Por esto en Móstoles no lo miramos a través de los ojos, sino del corazón y del espíritu. La luz del «2 de mayo» envuelve al humilde caserío con su aureola de grandeza y ejemplaridad. Y desde aquella fecha Móstoles vive sencillamente en torno al recuerdo de un héroe, don Andrés de Torrejón, el Alcalde labrador y octogenario que tuvo arrestos para desafiar a Napoleón. Su llamada angustiada —«La Patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa. ¡Epañoles, acudid a salvarle!»—, su rasgo heroico y su extraordinaria personalidad bien merecían otro monumento de mayor fuste e importancia que éste que se alza en la plaza principal del pueblo. De dimensiones achatadas, la figura del impar Alcalde no está acorde con la talla, el temperamento y la grandeza del recio labriego que asumió sobre sus espaldas la sagrada tarea de defender la independencia patria.

Para llegar a la casa de don Andrés de Torrejón, que se halla enclavada en la plaza de su nombre, tenemos que atravesar calles y callejas cuyos rótulos —Daoiz, Velarde, Palafox, Goya...— nos dicen que Móstoles vive en olor de epepeya, que no renuncia a su abolen-go heroico. Casa humilde y aldeana, cuidada con amor, que se ennoblece con una sencilla lápida que reza así: «Aquí vivió y murió don Andrés Torrejón García».

NAVALCARNERO, VILLA NOSTALGICA

Y tras la estampa heroica, esta otra un tanto nostálgica de antiguos esplendores que es Navalcarnero, con sus viejos soportales de airoas columnas que parecen cobijar aún los acontecimientos que por allí desfilaron. ¡Plaza Mayor de Navalcarnero, cómo nos llena de de tristeza comprobar que el tiempo va acusando en ti sus terribles huellas! Esas nefastas señales —un edificio de moderna estructura junto al utilitario aprovechamiento de bellas galerías—, que no han sabido respetar ni los viejos linajes que blasonan tus escudos, ni tu tipismo castellano, ni tu prosapia real.

No muy lejos de la plaza porticada se hallan las dos lápidas que recuerdan el sitio donde se levantaba el palacio del licenciado Miguel Gómez Ollero, escenario de la primera entrevista de Felipe IV y Ma-

ría Ana de Austria, quienes contrajeron matrimonio en la iglesia parroquial ante un maravilloso altar de plata repujada, joya de incalculable valor de la mejor capilla de este templo ofrendado a Nuestra Señora de la Concepción. Era el 7 de octubre de 1649. El Rey tenía cuarenta y cuatro años y la novia contaba tan sólo quince años.

Y antes de partir, como Navalcarnero es región de viñedos, un buen consejo: adquieran ustedes una arroba del rico vino de la comarca y cuando lleguen a Madrid hagan el milagro de duplicar el contenido de su compra. Que los 17 grados que poseen tales caldos permiten mil trasiegos, sin que por ello pierdan sabor y calidad.

FRESCOR DE ALBORADA

Hacia Cadalso de los Vidrios atravesamos Villamanta, nombrada por algunos como la verdadera Mantua Carpetana, y Aldea del Fresno y Villa del Prado, tres pueblos a la vera de una amena carretera y todos ellos con frondosísimas praderas. El campo ya no es sendero para la mies y el arado, ni tierra quemada, es frescor de alborada y orgía de floridos valles y erguidas montañas. Y el agua, y el árbol, y el tomillo y el cantueso se suceden ininterrumpidamente durante un largo trayecto que alcanza su mayor belleza en las cercanías del célebre puente de la Pedrera, sobre el río Perales, o bien camino del pantano de las Picadas, al coronar una altura desde la que divisamos el embalse construido sobre el Alberche.

TEJIENDO ENSUEÑOS

Pero de todos los pueblos de esta comarca, tan entroncada con la historia de España, por la que anduvieron caudillos, Reyes, validos y guerrilleros, tal vez sea el de Cadalso de los Vidrios, situado en terreno pedregoso y accidentado, el que mayor interés ofrece al turista. Por lo que es en la actualidad (lugar extraordinariamente pintoresco) y por lo que fué en tiempo atrás (encrucijada de hechos históricos).

Si el lector se decide a parar en la muy noble y leal villa que nos ocupa comprenderá la razón de mis palabras. Bastión de musulmanes y cristianos, sede palaciega de grandes señores, es en el presente algo así como sombra de un pasado que nos invade el corazón y nos cierra los ojos cuando recorreremos sus plazuelas y callejas o cuando paseamos por el magnífico jardín palacial. Entonces nuestro pensamiento revive, tejiendo ensueños, personajes y glorias que

dieron fama y esplendor a estos parajes. Mas por encima de todos, entre los álamos y los arrayanes, los castaños y las encinas, se yergue en este pedazo de la historia patria la figura esbelta y soberbia de don Alvaro de Luna, el magnate que quiso ser más que Rey y que en 1423 inició la construcción del palacio de Cadalso de los Vidrios. También dieron brillantez y lustre a esta mansión don Juan Pacheco, Marqués de Villena, mayordomo privado de Enrique IV, y durante más de tres siglos, los Duques de Frías. De planta rectangular, destaca por sus hermosas fachadas platerescas y por el encanto cautivador de su jardín. Encantamiento o embeleso que su actual propietario, el ilustre escultor Juan Cristóbal, gentil morador del palacio ducal, ha aumentado amorosamente, cuidando rincones, reparando las heridas del tiempo y los efectos destructores del fuego. El ilustre escritor Juan Cristóbal ha fallecido después de haber tenido el honor de visitar con él este bello palacio.

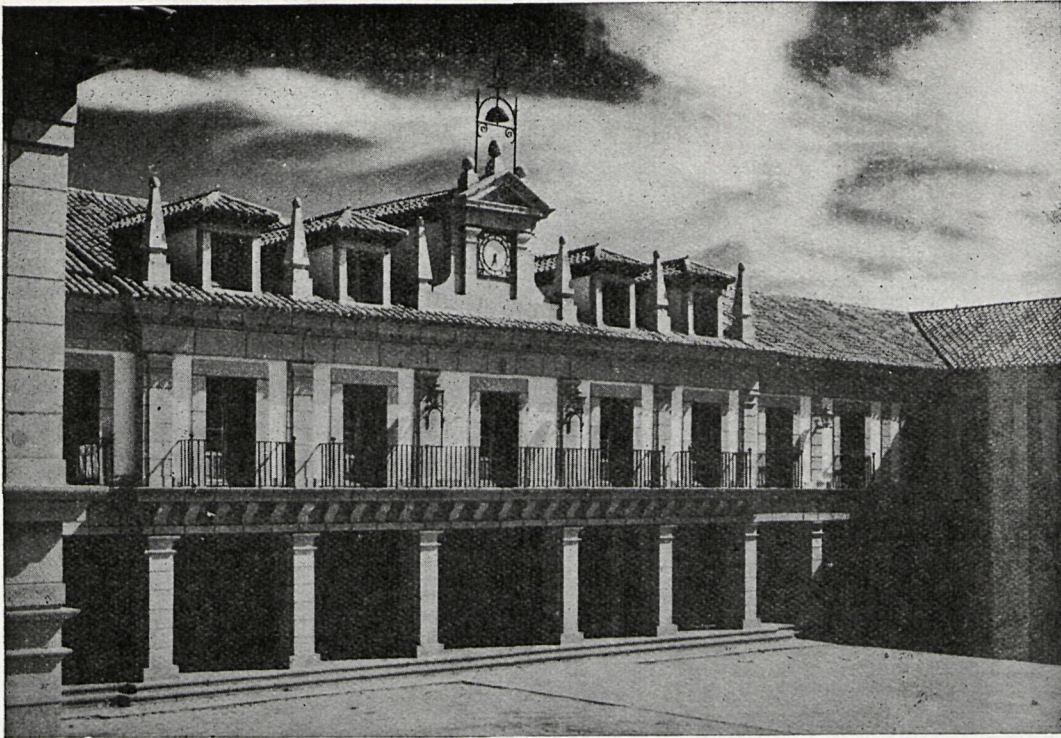
DESCANSO REPARADOR

La tarde del sábado se va agotando y aún faltan diez kilómetros para llegar a San Martín de Valdeiglesias. En nuestro libro de rutas leemos: «A las nueve, comida.» Y no es cosa de contrariar tan acertada y reparadora decisión. Mucho más cuando el aire y el largo trayecto nos ha abierto el apetito. La fonda nos espera. Elegiremos entre el bar Los Arcos o el restaurante Condestable. Si entramos en el primero de estos establecimientos debemos seguir los consejos del hotelero, un hombre de agradable charla y de buen criterio culinario, que nos recomendará, de seguro, las especialidades de la casa: la clásica tortilla de patata con cebolla y el cordero al ajillo. Todo ello escanciado con buen vino de la región.

ZONA TURISTICA

Nos despierta el sonar de las campanas; el gallo hace tiempo cantó el alborear de la mañana. Nos vestimos con presteza. San Martín de Valdeiglesias nos está reclamando con un intenso programa turístico: su castillo, su iglesia y las excursiones a los toros de Guisando (en término de Avila) y a la ermita de la Virgen de la Nueva.

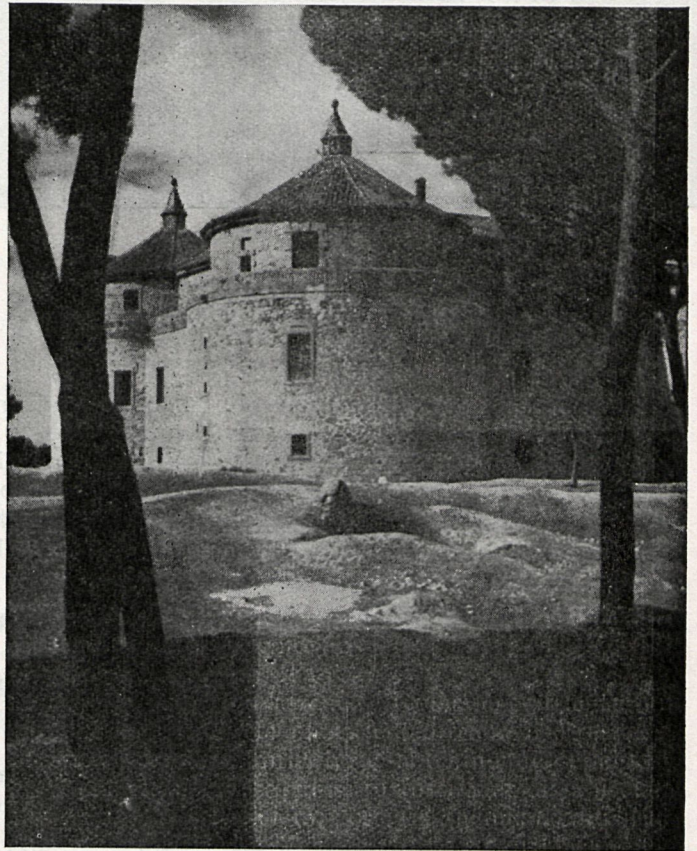
En la cúspide de un cerro, el castillo, y casi haciéndole cara, la iglesia. Un alto torreón y un recinto amurallado con empaque y pres-tancia sirven para contarnos la historia que pudo acontecer en su in-



UNA VISTA DE LA PLAZA MAYOR DE BRUNETE.

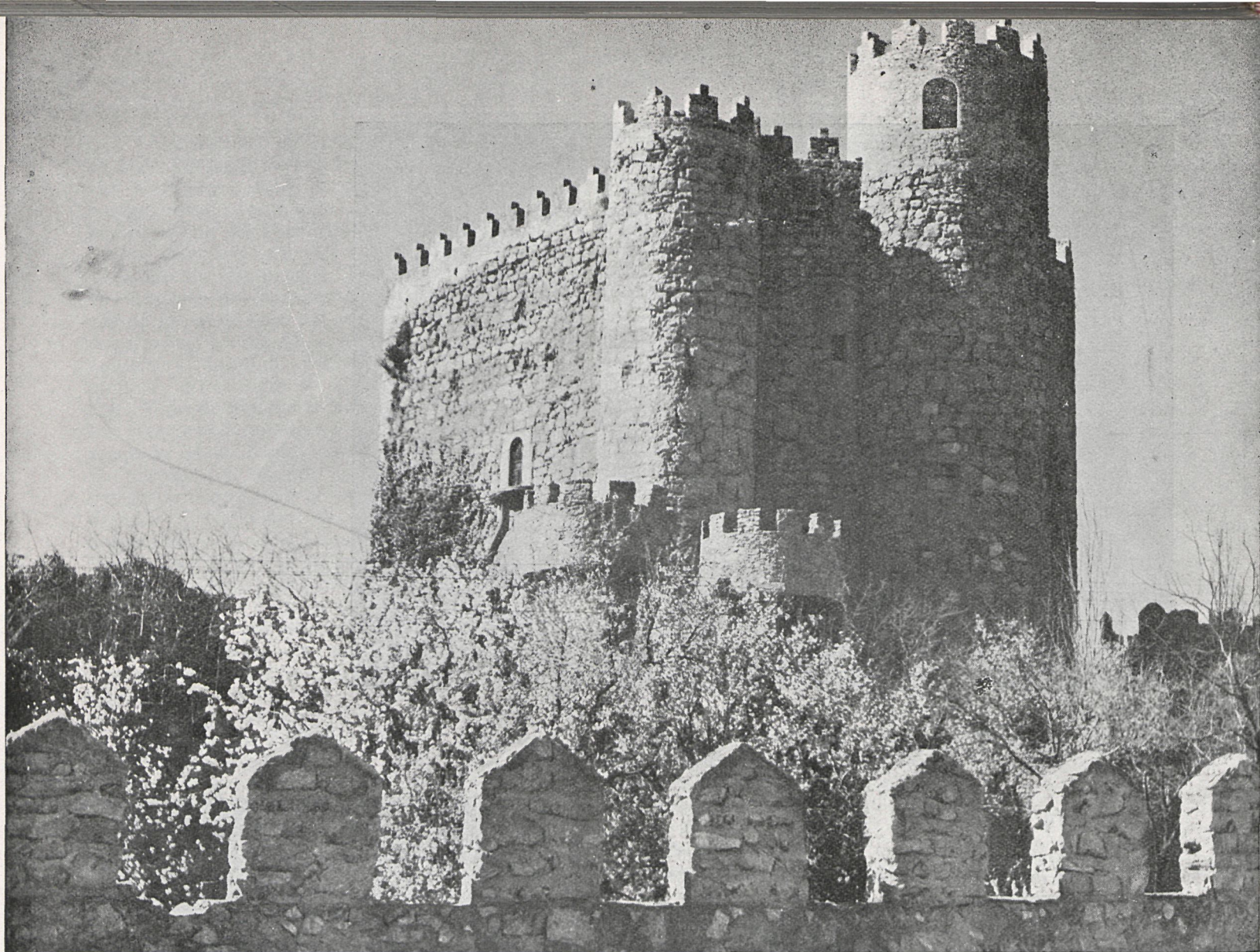


MONUMENTO A D. ANDRES TORREJON EN MOSTOLES.



CASTILLO DE VILLAVICIOSA DE ODON.

terior. Y sus torreones, hechos para la ballesta y el arcabuz, tienen también la suficiente fuerza para evocar cualquier hazaña, como las



CASTILLO DE SAN MARTIN DE VALDEIGLESIAS.

que hubiera podido realizar, de no ser ajusticiado, don Alvaro de Luna.

Y en una pequeña colina, sabedor de su poder inabitable, mirando desafiante al cetro de ambiciones y riquezas, ese refugio de pecadores y pobres, ese palacio de plegarias y esperanzas que es la iglesia. La de San Martín de Valdeiglesias, que fué proyectada por el genio áureo de Juan de Herrera, resalta principalmente por la severidad y magnificencia de sus líneas. En ella oró Santa Teresa de Jesús y es, por desgracia, obra inacabada.

Después podemos optar entre ir primero a los toros de Guisando o a la ermita de la Virgen de la Nueva, que en ambos parajes hallaremos motivos para la admiración. El de la ermita se asemeja bastante a los de las rías gallegas, con sus grandes extensiones de pinos acariciados por la brisa de las aguas que embalsa el Alberche. En cambio, el panorama que se enfrenta con los

toros de Guisando —¿monumento conmemorativo o hito pastoril?— es más grandioso, más abrupto, menos bucólico, como corresponde al trascendental acontecimiento que allí se desarrolló.

BRUNETE, O LA VOLUNTAD DE VENCER

Por la tarde, regreso a la capital, tras haber hecho parada en Pelayos de la Presa, Brunete y Villaviciosa de Odón. Al pie de la Sierra de Guadarrama se libró una de las batallas más decisivas de nuestra guerra, y cerca de allí están las humildes localidades de Quijorna, Navalagamella, Villanueva de la Cañada, Sevilla la Nueva y Villanueva del Pardillo, que hoy, al igual que Brunete, han renacido de sus propias cenizas. Caminando por las calles, casi sin estrenar, de Brunete el lamento de la tragedia se convierte en aletuya y la ilusión vuelve a brotar de nuestros corazones al comprobar que el triunfo llega también en la paz cuando no falla la voluntad de vencer.

VILLAVICIOSA DE ODÓN Y SU CASTILLO

Villaviciosa de Odón es otro oasis en la sequedad del paisaje madrileño. Ante nuestros ojos se presenta la exuberante vegetación de los viveros forestales que la Diputación Provincial cuida con esmero y eficiencia. A pocos metros, una hilera de altos y envejecidos cipreses da guardia al castillo que albergó a una Majestad en desgracia: Fernando VI, cuyo nombre y espíritu ha quedado para siempre prendido tras los muros de este palacio. Viendo su actual abandono, su aire tétrico y sombrío, nadie pensaría que en épocas no muy lejanas logró competir, como Real Sitio, con El Escorial, Aranjuez, La Granja y El Pardo.

Cerramos nuestro libro de ruta. La noche se echa encima. Madrid está a veinte kilómetros. Sus luces nos saludan con guiños multicolores. La ciudad sonríe al viajero que llega.

Arganda, donde abundan las vides = El Tajuña, río joven y bravo
 Chinchón, albero de tipismo = Colmenar de Oreja, nuestra segunda
 plaza en jerarquía castellana = Villarejo de Salvanes y Lepanto.

Nuevo Baztán o el anticipo de una
 concepción urbanística = El ferrocarril
 de los 40 días = Loeches y su panteón.

A esta ruta le falta reclamo. Es una ruta sencilla, sin el «al higuí» de cosas importantes con fuerza de atracción suficiente para que el gran público se decida a recorrerla. Y, sin embargo, hay algo en ella, méritos y maneras que despiertan en el visitante extrañas complacencias. Como ésta que me ha invadido durante todo el camino al comprender la grandeza de las cosas pequeñas y cuán agradable resulta descubrir lo conocido, por ejemplo, el encanto de la vida pueblerina, y que nada hay vulgar dentro de la naturaleza —ni las casas con paredes desconchadas, ni el torreón derruido, ni la pequeña colina yerta, ni la sequedad del río—, si sabemos encender nuestra mirada con la luz de la ilusión. Caminemos, por tanto, a lo largo de este trayecto de hoy —tres ríos aldeanos y tres plazas pueblerinas fabulosas— con la triple ilusión que fascina a todo aquel que va peregrinando en pos de la belleza :

